IMPOSIBLE SE ME HACE OLVIDARTE

Margarito Cuéllar

Margarito Cuéllar

No es que precisamente fueran días maravillosos, es que no había otros días. ¿Qué de maravilloso tiene andar con los bolsillos vacíos, el hambre y los sueños rotos y desprendiéndose a jirones de las madrugadas en las que nos quedábamos sin voz de tanto darle a lo que algún día haríamos y seríamos juntos: la música, la artisteada? Siempre juntos. Como las canciones, las películas y los sueños, como la vida real en las páginas de un cuento.

Al otro día los sueños, al igual que nosotros, amanecían petrificados, entre el mal aliento y la pesadez, el aturdimiento y el hambre. El hambre en esos días se mataba con utopías, pan duro, agua, fruta y tortillas de los mercados. Pero el hambre no se acababa, estaba ahí, en las dos bocas, la que usábamos para comer, aunque fuera de vez en cuando, y la del estómago, renegando de nuestra mala suerte o de nuestra güevonez.

Lo de ingresar a una carrera universitaria se había esfumado, igual que escapan los días, el humo de los cigarrillos o el agua en las alcantarillas. Las puertas las abrieron pero sólo para darnos con ellas en la nariz y decirnos que no, que intentemos otra vez el examen de admisión, que ya merito, que los niveles de excelencia y que quién quita y el semestre que viene nos traiga mejor suerte. El pase requerido para aprobar el examen se alejaba, se hacía gancho hasta volverse un miserable cinco, una nada de calificación, una vergüenza de número.

—Un dueto, Vero, vamos a formar un dueto —le dije. —Que cante como los mismísimos ángeles y que se le haga chiquito el mundo.

Ni siquiera abrió los ojos. Dije aquello como si nos dolieran las palabras, como si repitiera el parlamento de una película o reconstruyera un sueño.

Verónica siguió durmiendo; se despertó cuando el sol cruzó en líneas verticales el umbral del cuarto y el hambre nos aventaba pequeñas patadas con ánimo de darnos la bienvenida al infierno, que en aquellos días se hacía llamar simplemente la realidad.

—A lo mejor tu destino no es ser filósofo, por eso Efra, no pasas el examen. O a lo mejor tu destino sí es ser filósofo, pero sin carrera. Hay gente que es buena para muchas cosas, pero que apenas pisa un aula la reprueban —dijo Verónica sin dirigirse a nadie.

Los perros ladraron a un tiempo. Eran tres y parecían reproducir el estado de sopor y desánimo que invadía el patio y que provenía de la habitación, de la ciudad, del país. El mapa entero de México reflejaba la decepción por la vida. No había trabajo ni dinero, acaso hambre en abundancia, violencia, muerte y sueños de grandeza. Pero los sueños también se corrompen.